



XIV Domingo durante el año
4- VII- 2010

Textos:

Is.: 66, 10-14.

Gal.: 6, 14-18.

Lc.: 10, 1-12. 17-20.

“¡Vayan! Yo los envío como a ovejas en medio de lobos”.

En este XIV Domingo durante el año, continuamos meditando sobre el discipulado con el gran discurso misional del evangelio según san Lucas.

El Señor, después de llamar a un grupo de hombres para que lo sigan, emprende con ellos el camino a Jerusalén, los envía a la misión y les da pautas para la acción misionera.

La primera pauta es una exhortación a renunciar a toda absolutización de los medios humanos: “No lleven dinero, ni provisiones, ni calzado”, porque la misión no depende solo del trabajo de los enviados sino también de la fidelidad a la oración: “Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para la cosecha”, y de la confianza en el Señor que envía. La fidelidad y la confianza en Jesús ayudan a aceptar tanto la hospitalidad de la gente como su posible rechazo.

Con esta pauta que define el modo y la actitud espiritual con que se debe afrontar la misión, el Señor nos ayuda a comprender que ella debe ser comprendida como un nuevo Éxodo: a esto se debe la alusión al bastón, al dinero, a las provisiones y al calzado. Porque el discipulado es camino de libertad y de servicio al Evangelio.

Ser discípulo comprende, por tanto, la dimensión de la itinerancia: el discípulo se ha de poner en camino, es alguien que va por la ruta. La misión es expresión del dinamismo del seguimiento, no es inercia.

Hermanos, existe un nexo íntimo entre Cristo y el discípulo, entre Cristo, la Iglesia y la misión, es la Iglesia la que tiene a su cargo la misión. Una tarea que no se cumple sin ella, ni mucho menos contra Ella (Cfr. E.N. 16). Por esta verdad, para el discípulo de Cristo, para la Iglesia discípula-misionera no hay otro modelo que Jesús, que ha venido a los hombres completamente indefenso; su única arma era la misión.

El discípulo como el Maestro - dice Jesús - , será rechazado. El discípulo ha de ser perseguido porque está llamado a la comunión con su Maestro que fue perseguido.

El Señor no oculta las dificultades que encontraremos en la misión: “Yo los envío como ovejas en medio de lobos”, y también nos dice que encontraremos desprecio, descalificación, que nos acusarán de intolerantes porque nosotros no negociamos la

Verdad y la Palabra de Dios se torna inaceptable para los que marginan a Dios y atentan contra la dignidad humana.

En nuestro País, todos tienen derecho a manifestarse y a expresar su pensamiento, pero cuando lo hacemos los católicos, se nos acusa de presionar, de atacar contra la libertad de pensamiento y de ser, con nuestra actitud, gente intolerante y oscurantista.

Muchas veces las resistencias se nos presentan como humanamente insoportables (Cfr. EN 50). Lo que debemos evitar es ser complacientes y hacer “aceptable” el Evangelio, no debemos “adaptarlo” a los gustos del mundo, esto sería traicionar no solo la verdad evangélica, sino al mismo Señor que nos llamó y envió para que en Su nombre realizáramos la misión.

Pero las dificultades más serias no provienen del mundo sino de la pérdida de la conciencia cristiana que supone saber quien nos llama, quien nos envía, quienes somos; debemos pedir al Señor que despierte nuestra conciencia cristiana, nuestro sentido de pertenencia y nuestro deber de ser testigos de Cristo.

Hermanos, debemos ser conscientes de que la misión se origina en un anuncio, en un mensaje. Se trata de la verdad, pero no de una verdad cualquiera, sino de una verdad que salva, que hace libres. Los discípulos damos testimonios no por iniciativa personal, “pues evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial” (E.N.60). La misión no se privatiza, porque es Dios el que nos ha dado el poder y porque llevamos con nosotros un anuncio, un mensaje de Dios para la humanidad.

Somos conscientes que no nos mueve, en esta misión, ningún interés o rédito político, económico ni el servicio a una determinada ideología, sino el deseo de obedecer un mandato, una misión que Dios nos da.

Otra pauta que el Señor da a sus discípulos, es la de no saludar a nadie por el camino hasta llegar a su meta, porque llevan la palabra del Evangelio como algo valioso, como algo especial que han de custodiar (Lc. 10, 4). Solamente al final de su ruta pueden abrir la boca para dar el mensaje. La misión representa una cierta madurez del discipulado.

Hermanos, ante las dificultades para anunciar lo que Jesús nos manda decir, no debemos desanimarnos, porque el camino lo hacemos con Jesús, de Él recibimos “la potestad para pisotear (...) todo el ejército del enemigo”, somos enviados con poder; esta certeza debe bastarnos como consuelo.

Ante tantos desafíos y dificultades para la misión, pidamos al buen Dios poder “mover eficazmente el corazón” (San Ignacio de Loyola) para anunciar el Evangelio, y que: “A todos nos conceda la gracia de caminar en sinceridad de corazón por el camino de su servicio” (Id. Roma 10. III. 1554).

Amén

G. in D.

Sofía T. de Santamarina 551 – Monte Grande (B1842HVN) – Buenos Aires – Argentina
TE: 054-011-4290-0527

www.inmaculadamg.parroquia.org – e-mail: mensajes@inmaculadamg.parroquia.org